

veintiun años, para quien mas adelante reservaba su patria una de las veinticuatro sillas del Ayuntamiento, la tenencia de los reales alcázares y la roja cruz de Santiago, al propio tiempo que honrosos lauros la ibérica Talia.

Hubo entonces un hormiguero de poetas en Sevilla, estudiantes, farsantes, pedantes, menantes, platicantes, pleiteantes, negociantes, mareantes y viandantes, agrupados en cofradías ó hermandades (sociedades, como ahora se dice); y de uno de estos animados centros era hermano mayor el jóven Enciso. Para la gira de San Juan de Alfarache juntáronse en agradable consorcio el veinticuatro Diego de Colindres y su hijo Don Nufio; el licenciado Juan de Ochoa Ibañez, famoso esgrimidor y poeta; el galano y sentencioso autor de *La verdad sospechosa*, Juan Ruiz de Alarcon, natural de Méjico, ya bachiller en cánones y en leyes por Salamanca, donde estaba siguiendo sus estudios, y adonde habia de partir muy luego; Hernando de Castro Espinosa, también estudiante, mozo de veintiseis años y razonable poeta, que acababa de contraer vínculos de amistad con Alarcon, para hacer de ellos grata memoria en Méjico al ser presentado por testigo cuando el insigne dramático se graduó allí de licenciado, año de 1609; y, finalmente, algun eclesiástico, algun jurado de la ciudad, algun soldado, el alferez de los mosqueteros, y varios hidalgos y personas de seso, que no por ello dejaban de tomar parte en la juvenil alegría. Presidió la fiesta, y convidó para ella, el veinticuatro Colindres; y fué secretario, — ¿quién imaginarán ustedes? <sup>1</sup>— á mi juicio, el inmortal autor del QUIJOTE, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Suya creo la carta á Don Diego de Astudillo; y me afirma en esta resuelta y antigua opinion mia el haberla prohibido personas tan doctas como los Sres. Don Juan Eugenio Hartzenbusch y Don Cayetano Alberto de La Barrera; aquel en la edicion estereotípica de las *Comedias de Alarcon*, y este en su precioso *Catálogo del Teatro antiguo español*, premiado por la Biblioteca Nacional. Creo, pues, que en 1845 logré descubrir una de esas obras de CERVANTES que, como él dice, *andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño*. Pero, si esta carta no puede competir en inspiracion y grandeza con los magníficos tercetos de la epistola dirigida en 1577, desde las mazmorras de Argel, á Mateo Vazquez, favorito de Felipe II, échese la culpa al asunto, no al ingenio. ¿Puede jamás compararse el relato de un día de esparcimiento y entretenida ociosidad en la aldea con el día de Lepanto, en que para siempre se eclipsó la Media Luna; con *la mas alta ocasion que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros*; con el dolor de la perdida libertad del poeta; con sus sueños de conseguirla, y juntamente la de veinte mil cristianos que gemian entre cadenas; con las persuasivas voces, en fin, del generoso cautivo para que, armando España su robusto brazo, despedazase aquel ignominioso nido de piratas?

Y si es gratisimo ver y oír á CERVANTES como héroe, cuando descubre los movimientos y el entusiasmo de su alma en la batalla naval, su resignacion en las adversidades, su noble arrojo para remediarlas, su afanoso cuidado y entereza para que las calumnias y envidia de Blanco

<sup>1</sup> El importante trabajo bibliográfico del Sr. Guerra, á que corresponden estos párrafos, está escrito en forma de epistola dirigida á los Sres. Don Manuel Remon Zarco del Valle y Don José Sancho Rayon.

de Paz no empañen el immaculado nombre que heredó de sus abuelos; si nos tiene pendientes de su palabra como critico y discreto, como filósofo y cristiano; si nos complace seguirle paso á paso en todas las circunstancias de su vida, por ventura ¿dejará de deleitarnos menos el sorprender, en edad de cincuenta y nueve años, al *manco sano*, al *escritor alegre*, al *regocijo de las musas*, alternando con la alborotada juventud en una campestre gira donde se reunen amigos y conocidos de diversas condiciones, genios, edades, inclinaciones y gustos? Pone por ley el presidente, y con puntualidad es obedecido, que, dejando todos el juicio á un lado, se esfuerce cada cual en parecer mas loco. Manda, para divertir el camino y el ardoroso calor de Julio, distribuir al acaso varios asuntos sobre los cuales se compongan versos, sin reparar caiga la suerte en ingenios hábiles adquiridos, donados motilonos, novicios traineles, impertinentes mirones y principiantes; pues no haria reir menos lo malo, que se solemnizaria lo bueno. Y el secretario, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, empeña su palabra de referirlo todo por escrito, pronta, fiel y legalmente, al caballero Don Diego de Astudillo, que tal vez no podria salir de la ciudad por crónicos achaques. En tres ratos, durante veinticuatro horas, hilvanó la carta: y si, al cumplir con puntualidad y prontitud lo ofrecido, se disculpa de pagar en mala moneda, por correr así la de su caudal, debió, sin embargo, quedar satisfecho de si mismo, pues tan fiero pedrisco de versos desaforados y descomunales, hechos de repente, y tantas locuras de pensado como diluviaron aquel día, no pudieron rendir, oscurecer ni embotar su ingenio sazonado y vigoroso. Ya le habia empleado muchos dias antes en narrar, también para Astudillo, otro igual esparcimiento de aquella revoltosa hermandad; pero ignoro el paradero de la carta. En ambas ocasiones fué CERVANTES el alma de la fiesta, dando las trazas de ella, disponiendo los juegos é invenciones, señalando los asuntos de las letras, y avivando con su gracejo y donaire á los mancebos. Una y otra vez pudo decir de si:

Quod quidem ipse vidi, et quorum pars magna fui.

Esta segunda gira tuvo lugar un martes, á 4 de Julio de 1606. No hubo que pensar la vispera en otra cosa. Madrugóse mucho: pronto se juntaron en la orilla del Guadalquivir los cofrades; inmediatamente depositaron el juicio del lado de Sevilla, con las acostumbradas ceremonias, prohibiendo pasarlo á la otra parte del rio; y á él se entregaron, en diversos barcos entapizados de verdes ramos y con anchos toldos cubiertos. Al tomar puerto en la insula y casa de San Juan de Alfarache, no menos adornada de juncia, espadañas, alfombras, bancos y doseles, fueron sorprendidos por multitud de damas y caballeros de Sevilla, que desearon ser espectadores de las burlas del *certámen poético*, de la *comedia* y del *torneo* en que, segun el llamativo programa, debia y efectivamente vino á consistir la funcion. Iban autorizados y abroquelados los curiosos con un soneto del buen militar y poeta Don Francisco de Calatayud, al cual por los mismos puntos y con la misma galanteria respondieron los viajeros, no sin vencer antes algun empacho hallándose con testigos de su libre y desenfadado propósito.

Eran los cofrades, unos de *luz*, esto es, de chispa, festivos é ingeniosos, y otros de *sangre*, como si dijéramos de vivacidad corporal, alegres, alborotadores, satíricos, desvergonzados, y

dispuestos para tener en bilo á toda la reunion. CERVANTES se contaba de los primeros; y, atendida su edad, no figuró entre los torneantes y farsantes, limitándose á leer como secretario los versos de todos, autorizarlo todo, y tomar de todo puntual y minuciosa nota. Fué, como se ha dicho, presidente de la fiesta el veinticuatro Diego de Colindres; fiscal, Juan Ruiz de Alarcon; mantenedor, Don Diego Jimenez de Enciso; y Alonso de Camino, repostero.

Tomaron parte en el certámen doce poetas, cinco de ellos buenos ó entreverados, y los demás harto grillescos: en el torneo justaron ocho caballeros y el mantenedor, siendo tres los jueces, y autorizando con su voto las sentencias el secretario.

Túvose el desayuno á las diez: á las dos comenzaron á leerse los versos del certámen; á las tres se comió en el suelo, á usanza morisca, esgrimiendo Ochoa y volteando Alarcon sobre los manteles, y procurando CERVANTES mejorar en tercio y quinto del plato. Á la conclusion arribaron nuevos barcos de damas, cuáles convidadas de algunos, y cuáles de solo la fama. Salióseles á recibir, y se les dió con otras muchas lngar y asiento en una sala, donde se representó en seguida la comedia de *Perseo y Andrómeda*, quizá de Lope de Vega, aderezada para mayor solaz con ridiculas coplas.

Á las cinco y media de la tarde principió el torneo; y concluido con la revuelta, reñida y vistosisima folla, se adjudicaron los premios y volvieron todos á la ciudad, donde los dejaremos refiriendo los pormenores de la fiesta.

Entre las composiciones razonables del certámen, recordarian las de MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA, Juan de Ochoa, Hernando de Castro, Juan Ruiz de Alarcon y Don Diego Jimenez de Enciso: de harto medianas calificarian las de Don Diego Arias de la Hoz, Andrés de la Plaza, Roque de Herrera y Lorenzo de Medina, no perdonando por inocentes las malisimas de Juan Bautista de Espinosa, Juan Antonio de Ulloa y el licenciado Gayoso, las cuales habian tenido por asunto alabar las *almorranas*, la *esgrima*, la *sopa en vino*; á una *dama que le sudaban las manos*; la *primavera y el invierno*; al *arraez del barco*; los *trabajos de los poetas*, los *dómines ó pedantes*, la *pereza*, el *cuidado del mantenedor*, los *habladores*, y, finalmente, glosar un pié con dos sentidos.

Sin embargo, de nada se mostraron tan pagados y satisfechos como del torneo, por lo buenas que habian sido y parecido las invenciones; lo sorprendente de las enramadas á manera de monte; el bailar de los negros vestidos de indios, con panderetes, adufes y guitarras; las figuras del *amor*, del *interés*, de *Hércules* y de *vizcainos*; las de *perros y leones*, y la aparicion de la doncella enviada por la sábia Maguncia; los caballos de pasta en que venian los justadores, ó, por mejor decir, los caballos que en los justadores venian; los armoniosos coros de música á voces solas; el ruido de las templadas cajas y claros pifanos; y, sobre todo, los nueve caballeros del torneo, con sus aceradas armas de blanquísimo y bruñido papelón, jaqueladas de cuadros de oropel; felicisimos en los botes de pica, en el quebrar de las lanzas, y en el lucir el buen temple de las espadas de palo. ¡Cuánto celebrarían cómo repiqueteaban frenéticamente sobre los fuertes yelmos y finisimos arneses de engrudadas hojas de deshechos libros, cuyas sentencias no padecieron menos en esta ocasion que bajo el brazo seglar del ama los de caballerías, y entre tizonazos las ficciones de Avellaneda!

Merced á la celada, no eran conocidos los justadores hasta que la levantaban, ó hasta que lo descubrian por su raro valor y esfuerzo, ó por la dama á quien querian parecer bien y rendir los premios animosamente conquistados, ó ya, en fin, por los imprevistos accidentes de la lucha.

Debieron, por último, parecer de perlas y oro los nombres, sobrenombres y patria de los caballeros, tan apropiados, sonoros y discretos, como que únicamente pudieran ocurrirse á la feliz inventiva de CERVANTES.

El mantenedor Jimenez Enciso llamóse *El Caballero del Buen gusto*, por tenerle tan bueno en inclinaciones, esparcimientos y amistades; y se llevó el lauro de mas galan.

Juan de Ochoa dijose *Don Metrilino Arrianzo de Dacia*, por ser verdadero *poeta*, por ser gran discípulo y admirador de *Carranza*, y por *dar* buenos tajos y reveses; ganando por ello premio de mejor hombre de armas.

Hernando de Castro, no siendo nada, hubo de contentarse con el significativo nombre de *Don Tal, principe de Para-cual la Baja*, bien que le estimaron por el caballero de mejor invencion.

Juan Ruiz de Alarcon, á fuer de escritor florido, de persona jorobada y de nacido en América, torneó con título de *Don Floripando Talludo, principe de Chunga*; y declararon los jueces haber sido el mas extremado en la folla.

Don Diego Arias de la Hoz, que mostró el mejor aire en la entrada del torneo, era el caballero *Don Golondronio Gatatumbo*, sin duda porque estaria casi siempre tarareando el *Don Golondron* y *¿Qué es aquello que relumbra?—Madre mia, la gatatumba*.

Juan Antonio de Ulloa, hombre gracioso y de buen aire, que lo tenia de cosecha, ganó premio por sus golpes de espada, que se estimaron los mejores; llamándose este caballero andante *Don Rocandolfo de la Insula Firme*, á causa tal vez de pasar en la calle todo el dia, como persona desocupada, sin oficio ni beneficio.

El licenciado Gayoso, clérigo devoto de una monja, panzudo, rubio y trasteador de vihuela, fué laureado como el de mejores botes de pica, y torneó con el expresivo nombre de *Pandulfo Rutillon de Trastamara*.

*Satánico principe moscovita*, premiado por su invencion, llamábase el caballero determinado Lorenzo de Medina, novel, como el anterior, en estos ejercicios.

Últimamente, Roque de Herrera, cuyas letras se premiaron por mejores, nacido en Italia, y que no se avergonzaba de vivir pobre en España, fué el caballero *Rilandulfo de Ilenia Atabaliva*, trocado el *Roque* en *Rilandulfo*, y apellidándose del nombre de la señora de sus pensamientos, la cual no debía tener mucho de jóven ni de hermosa.

Los nombres de estos caballeros andantes me traen á la memoria los muchos tambien significativos y apropiados que figuran en el *QUIOTE*; <sup>1</sup> y, como dejen adivinar el procedimiento y arte con que CERVANTES inventaba y ponía lindos apodos á diversas personas, vienen á

<sup>1</sup> Ya veremos mas adelante cuán ingeniosamente, y con qué raro caudal de noticias, descifra el Sr. Guerra á qué personajes verdaderos se refieren los nombres puestos por Don Quijote á sus imaginados caudillos de ambos ejércitos, en la aventura de las dos manadas de ovejas y carneros.